



2^a
edición

Cuentos y poesía para los y las jóvenes



Libro

Mi nombre es: _____

Vivo en: _____



M
E
V
YT

••• Modelo
Educación
para la Vida
y el Trabajo

Créditos de la presente edición

Coordinación académica Sara Elena Mendoza Ortega	Coordinación gráfica y cuidado de la edición Greta Sánchez Muñoz Adriana Barraza Hernández
Compilación Marcela Pérez López Araceli Borja Pérez Patricia Pérez Gómez Margarita Magaña Gómez	Seguimiento al diseño Luis Antonio Díaz García
Revisión de contenidos Sara Elena Mendoza Ortega Marcela Pérez López Jimena Garduño Córdova	Seguimiento editorial María del Carmen Cano Aguilar
Revisión de textos Esther Schumacher García Águeda Saavedra Rodríguez Luz Pérez Moreno Colmenero Rocío González Díaz Socorro Martínez de la Vega	Revisión editorial Laura Sainz Olivares Marcela Zubieta Ricardo Pérez Rovira
	Diseño gráfico Humberto Brera Gómez Carlos Acevedo
	Diseño de portada Erik Arellano
	Ilustración Irla Granillo González

Agradecemos la colaboración de la Subsecretaría de Educación Básica de la Secretaría de Educación Pública, del Consejo Nacional de Población y del Instituto Nacional de la Juventud.

Este material tiene como antecedente los contenidos de la primera edición: Coordinación académica: Sara Elena Mendoza Ortega. Coordinación técnica: Yvette Núñez Bravo. Compilación: Patricia Pérez Gómez, Margarita Magaña Gómez, Marcela Pérez López, Araceli Borja Pérez. Coordinación gráfica y cuidado de la edición: Greta Sánchez Muñoz. Coordinación editorial: María Begoña Pulido. Diseño gráfico: Carlos Acevedo. Ilustraciones: Irla Granillo. Diseño de portada: Erick Arellano. Ilustración de portada: Irla Granillo González.

Ser joven. Libro de cuentos y poesía. D. R. 1999© Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA. Francisco Márquez 160, Col. Condesa. México, D. F., C. P. 06140.
2ª edición 2003.

Esta obra es propiedad intelectual de sus autores y los derechos de publicación han sido legalmente transferidos al INEA. Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita de su legítimo titular de derechos.

Respetuosos del derecho de autor, autores y editores de esta publicación tuvimos cuidado en obtener por escrito las autorizaciones para reproducir todas las imágenes y/o textos aquí incluidos; sin embargo, algunas veces no fue posible determinar el titular de su propiedad intelectual. En caso de inconformidad favor de comunicarse a este Instituto para hacer la aclaración correspondiente.

ISBN *Modelo Educación para la Vida y el Trabajo*. Obra completa: 970-23-0274-9
ISBN *Ser joven*. Libro de cuentos y poesía: 970-23-0315-X

Impreso en México

Índice

Presentación 5

Autoestima 7
Virginia SATIR

Réquiem con tostadas 11
Mario BENEDETTI

Lo bueno de la lluvia 23
R. Marcela PÉREZ LÓPEZ

Secreto a voces 31
Mónica LAVÍN

Querido Diego,
te abraza Quiela 39
Elena PONIATOWSKA

Andanzas en la Sierra Tarahumara Graziella ALTAMIRANO	53
La gran piedra del jardín José AGUSTÍN	67
Sobre los autores	85

Presentación

Este libro es una antología, es decir, una selección de textos como: poesía, cuentos, narraciones y notas, de escritores mexicanos y latinoamericanos, principalmente.

La selección de los temas se realizó pensando en ti que eres joven, con la idea de ofrecerte diversos tipos de lecturas para la reflexión, el entretenimiento y el análisis sobre asuntos relacionados con tus intereses e inquietudes.

Con este material, que es parte del módulo *Ser joven*, podrás desarrollar las diferentes actividades que se proponen en el Libro de los y las jóvenes, además de disfrutar estas lecturas de manera independiente.

Esperamos que lo goces y compartas con quienes te rodean.



Autoestima*

Virginia SATIR

En el
mundo
no hay nadie
como yo

Me pertenecen
mi cuerpo,
incluyendo
lo que hace

Mi mente,
incluyendo mis ideas
y pensamientos

Mis sentimientos,
incluyendo
mis angustias,
mis alegrías,



* Virginia Satir. "Autoestima", México, Pax México, 1995.

mis frustraciones,
mis amores,
mis decepciones

Me pertenecen
mis fantasías
y mis sueños,

mis esperanzas
y mis temores

Me pertenecen
mis triunfos
y mis éxitos
mis fracasos
y mis errores

Soy responsable
de lo que siento
y lo que pienso

Tengo herramientas
para sobrevivir

y encontrar
armonía
y orden
en el mundo
de la gente
y de las cosas

Tengo herramientas
para convivir,
ser productiva

Me pertenezco
y, por lo tanto,
puedo
construir
y construirme





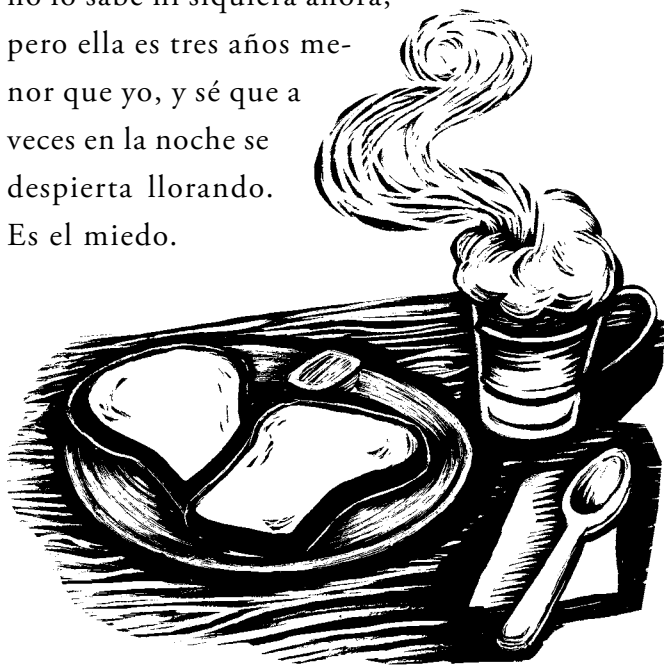
Réquiem con tostadas*

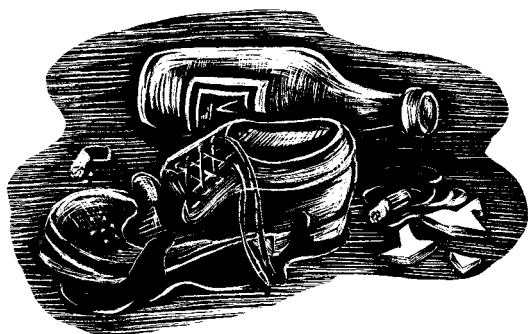
Mario BENEDETTI

Sí, me llamo Eduardo. Usted me lo pregunta para entrar de algún modo en conversación, y eso puedo entenderlo. Pero usted hace mucho que me conoce, aunque de lejos. Como yo lo conozco a usted. Desde la época en que empezó a encontrarse con mi madre en el café de Larrañaga y Rivera, o en éste mismo. No crea que los espía. Nada de eso. Usted a lo mejor lo piensa, pero es porque no sabe toda la historia. ¿O acaso mamá se la contó? Hace tiempo que yo tenía ganas de hablar con usted, pero no me atrevía. Así que, después de todo, le agradezco que me haya ganado de mano. ¿Y sabe por qué tenía ganas de hablar con usted? Porque tengo la impresión de que usted es un buen tipo. Y

* Mario Benedetti. "Réquiem con tostadas", en *Cuentos Completos*, México, Alfaguara, 1996.

mamá también era buena gente. No hablábamos mucho ella y yo. En casa, o reinaba el silencio, o tenía la palabra mi padre. Pero el Viejo hablaba casi exclusivamente cuando venía borracho, o sea casi todas las noches, y entonces más bien gritaba. Los tres le teníamos miedo: mamá, mi hermanita Mirta y yo. Ahora tengo trece años y medio, y aprendí muchas cosas, entre otras que los tipos que gritan y castigan e insultan, son en el fondo unos pobres diablos. Pero entonces yo era mucho más chico y no lo sabía. Mirta no lo sabe ni siquiera ahora, pero ella es tres años menor que yo, y sé que a veces en la noche se despierta llorando. Es el miedo.





¿Usted alguna vez
tuvo miedo? A
Mirta siempre le
parece que el
Viejo va a apa-
recer borracho,

y que se va a quitar

el cinturón para pegarle. Todavía no se ha acostumbrado a la nueva situación. Yo, en cambio, he tratado de acostumbrarme. Usted apareció hace un año y medio, pero el Viejo se emborrachaba desde hace mucho más, y no bien agarró ese vicio nos empezó a pegar a los tres. A Mirta y a mí nos daba con el cinto, duele bastante, pero a mamá le pegaba con el puño cerrado. Porque sí nomás, sin mayor motivo: porque la sopa estaba demasiado caliente, o porque estaba demasiado fría, o porque no lo había esperado despierta hasta las tres de la madrugada, o porque tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Después, con el tiempo, mamá dejó de llorar. Yo no sé cómo hacía, pero cuando él le pegaba, ella ni siquiera se mordía los labios, y no lloraba, y eso al Viejo le daba todavía más rabia. Ella era consciente de eso, y sin embargo

prefería no llorar. Usted conoció a mamá cuando ella ya había aguantado y sufrido mucho, pero sólo cuatro años antes (me acuerdo perfectamente) todavía era muy linda y tenía buenos colores. Además era una mujer fuerte. Algunas noches, cuando por fin el Viejo caía estrepitosamente y de inmediato empezaba a roncar, entre ella y yo lo levantábamos y lo llevábamos hasta la cama. Era pesadísimo, y además aquello era como levantar un muerto. La que hacía casi toda la fuerza era ella. Yo apenas si me encargaba de sostener una pierna, con el pantalón todo embarrado y el zapato marrón con los cordones sueltos. Usted seguramente creerá que el Viejo toda la vida fue un bruto. Pero no. A papá lo destruyó una porquería que le hicieron. Y se la hizo precisamente un primo de mamá, ese que trabaja en el Municipio. Yo no supe nunca en qué consistió la porquería, pero mamá disculpaba en cierto modo los arranques del Viejo porque ella se sentía un poco responsable de que alguien de su propia familia lo hubiera perjudicado en aquella forma. No supe nunca qué clase de porquería le hizo, pero la verdad era que papá, cada vez que se

emborrachaba, se lo reprochaba como si ella fuese la única culpable. Antes de la porquería, nosotros vivíamos muy bien. No en cuanto a plata, porque tanto yo como mi hermana nacimos en el mismo apartamento (casi un conventillo) junto a Villa Dolores, el sueldo de papá nunca alcanzó para nada, y mamá siempre tuvo que hacer milagros para darnos de comer y comprarnos de vez en cuando alguna tricota o algún par de alpargatas. Hubo muchos días en que pasamos hambre (si viera qué feo es pasar hambre), pero en esa época por lo menos había paz. El Viejo no se emborrachaba, ni nos pegaba, y a veces hasta nos llevaba a la matinée. Algún raro domingo en que había plata. Yo creo que ellos nunca se quisieron demasiado. Eran muy distintos. Aun antes de la porquería, cuando papá todavía no tomaba, ya era un tipo bastante alunado. A veces se levantaba al mediodía y no le hablaba a nadie, pero por lo menos no nos pegaba ni insultaba a mamá. Ojalá hubiera seguido así toda la vida. Claro que después vino la porquería y él se derrumbó, y empezó a ir al boliche y a llegar siempre después de medianoche, con un olor a grapa que apestaba. En los

últimos tiempos todavía era peor, porque también se emborrachaba de día y ni siquiera nos dejaba ese respiro. Estoy seguro de que los vecinos escuchaban todos los gritos, pero nadie decía nada, claro, porque papá es un hombre grandote y le tenían miedo. También yo le tenía miedo, no sólo por mí y por Mirta, sino especialmente por mamá. A veces yo no iba a la escuela, no para hacer la rabona, sino para quedarme rondando la casa, ya que siempre temía que el Viejo llegara durante el día, más borracho que de costumbre, y la moliera a golpes. Yo no la podía defender, usted ve lo flaco y menudo que soy, y todavía entonces lo era más, pero quería estar cerca para avisar a la policía. ¿Usted se enteró de que ni papá ni mamá eran de ese



ambiente? Mis abuelos de uno y otro lado, no diré que tienen plata, pero por lo menos viven en lugares decentes, con balcones a la calle y cuartos de baño con bidé y bañera. Después que pasó todo, Mirta se fue a vivir con mi abuela Juana, la madre de papá, y yo estoy por ahora en casa de mi abuela Blanca, la madre de mamá. Ahora casi se pelearon por recogernos, pero cuando papá y mamá se casaron, ellas se habían opuesto a ese matrimonio (ahora pienso que a lo mejor tenían razón) y cortaron las relaciones con nosotros. Digo nosotros, porque papá y mamá se casaron cuando yo ya tenía seis meses. Eso me lo contaron una vez en la escuela, y yo le reventé la nariz al Beto, pero cuando se lo pregunté a mamá, ella me dijo que era cierto. Bueno, yo tenía ganas de hablar con usted, porque (no sé qué cara va a poner) usted fue importante para mí, sencillamente porque fue importante para mamá. Yo la quise bastante, como es natural, pero creo que nunca pude decírselo. Teníamos siempre tanto miedo, que no nos quedaba tiempo para mimos. Sin embargo, cuando ella no me veía, yo la miraba y sentía no sé qué, algo así como una emoción

que no era lástima, sino una mezcla de cariño y también de rabia por verla todavía joven y tan acabada, tan agobiada por una culpa que no era la suya, y por un castigo que no se merecía. Usted a lo mejor se dio cuenta, pero yo le aseguro que mi madre era inteligente, por cierto bastante más que mi padre, creo, y eso era para mí lo peor: saber que ella veía esa vida horrible con los ojos bien abiertos, porque ni la miseria, ni los golpes, ni siquiera el hambre, consiguieron nunca embrutecerla. La ponían triste, eso sí. A veces se le formaban unas ojeras casi azules, pero se enojaba cuando yo le preguntaba si le pasaba algo. En realidad, se hacía la enojada. Nunca la vi realmente mala conmigo. Ni con nadie. Pero antes de que usted apareciera, yo había notado que cada vez estaba más deprimida, más apagada, más sola. Tal vez fue por eso que pude notar mejor la diferencia. Además, una noche llegó un poco tarde (aunque siempre mucho antes que papá) y me miró de una manera distinta, tan distinta que yo me di cuenta de que algo sucedía. Como si por primera vez se enterara de que yo era capaz de comprenderla. Me abrazó fuerte, como con vergüenza, y

después me sonrió. ¿Usted se acuerda de su sonrisa? Yo sí me acuerdo. A mí me preocupó tanto ese cambio, que falté dos o tres veces al trabajo (en los últimos tiempos hacía el reparto de un almacén) para seguirla y saber de qué se trataba. Fue entonces que los vi. A usted y a ella. Yo también me quedé contento. La gente puede pensar que soy un desalmado, y quizá no esté bien eso de haberme alegrado porque mi madre engañaba a mi padre. Puede pensarlo. Por eso nunca lo digo. Con usted es distinto. Usted la quería. Y eso para mí fue algo así como una suerte. Porque ella se merecía que la quisieran. Usted la quería, ¿verdad que sí? Yo los vi muchas veces y estoy casi seguro. Claro que al Viejo también trato de comprenderlo. Es difícil, pero trato. Nunca lo pude odiar, ¿me entiende? Será porque, pese a lo que hizo, sigue siendo mi padre. Cuando nos pegaba, a Mirta y a mí, o cuando arremetía contra mamá, en medio de mi terror yo sentía lástima. Lástima por él, por ella, por Mirta, por mí. También la siento ahora, ahora que él ha matado a mamá y quién sabe por cuánto tiempo estará preso. Al principio, no quería que yo fuese, pero hace

por lo menos un mes que voy a visitarlo a Miguelote y acepta verme. Me resulta extraño verlo al natural, quiero decir sin encontrarlo borracho. Me mira, y la mayoría de las veces no me dice nada. Yo creo que cuando salga, ya no me va a pegar. Además, yo seré un hombre, a lo mejor me habré casado y hasta tendré hijos. Pero yo a mis hijos no les pegaré, ¿no le parece? Además estoy seguro de que papá no habría hecho lo que hizo si no hubiese estado tan borracho. ¿O usted cree lo contrario? ¿Usted cree que, de todos modos, hubiera matado a mamá esa tarde en que, por seguirme y castigarme a mí, dio finalmente con ustedes dos? No me pa-



rece. Fíjese que a usted no le hizo nada. Sólo más tarde, cuando tomó más grapa que de costumbre, fue que arremetió contra mamá. Yo pienso que, en otras condiciones, él habría comprendido que mamá necesitaba cariño, necesitaba simpatía, y que él en cambio sólo le había dado golpes. Porque mamá era buena. Usted debe saberlo tan bien como yo. Por eso, hace un rato, cuando usted se me acercó y me invitó a tomar un capuchino con tostadas, aquí en el mismo café donde se citaba con ella, yo sentía que tenía que contarle todo esto. A lo mejor usted no lo sabía, o sólo sabía una parte, porque mamá era muy callada y sobre todo no le gustaba hablar de sí misma. Ahora estoy seguro de que hice bien. Porque usted está llorando, y, ya que mamá está muerta, eso es algo así como un premio para ella, que no lloraba nunca.



Lo bueno de la lluvia*

R. Marcela PÉREZ LÓPEZ

C hac, chac, chac, chac, chac... sonaba con fuerza la lluvia sobre la jardinera del metro, mientras el bochorno aumentaba al ritmo del número de personas intentando abordar el próximo tren.



* R. Marcela Pérez López. Inédito, México, 2008.

Olga no sabía si esforzarse por subir o resignarse a esperar hasta que la situación mejorara. Salir... ni pensarlo, la ciudad debía estar inundada. Eran esos cada vez más frecuentes incidentes en el metro que la llevaban a preguntarse si no era momento de hacer a un lado su necesidad ecológica de no comprar un auto, sobre todo en estos tiempos, con tantas ventajas para embarcarse. Claro que los bocinazos que llegaban de fuera, la hacían pensar con desdén en los automovilistas, no estarían pasándola mejor ante la furia de Tláloc, porque seguro era



un dios azteca el enojado, ya que sonaba peor que furia bíblica.

—Silueta, ¿eres tú?

Olga observó al hombre que parecía dirigirse a ella; iba a alejarse en un acto defensivo, pero una duda acompañada de un cosquilleo en el ombligo la hizo detenerse.

—¡Soy Miguel Sánchez!, ¿no me recuerdas?

—¡Miguel, Flaco!, cuántos años de no vernos, ni te reconocía.

—Pues tú te ves casi igualita. Lo que son las coincidencias, hace unos días al leer la noticia de unos jóvenes que murieron en una fiesta, me acordé tanto de nosotros, de cómo nos cuidamos y cómo nos fallamos a la mera hora.

—¿Te refieres a...? —la voz de Olga se apagó.

—Pues a lo que yo creo que nos separó, la muerte del Chatito, ¿o no crees?, porque después ya nada fue igual.

Fueron unos breves momentos, pero tan intensos, en los que Olga volvió a verse en aquel paseo.

—¡Córranle! ¡Córranle!, ¡nos deja el camión!

Juan trepó al autobús para detenerlo y que subieran los demás: Miguel, Nanda, Lety,

Ronquillo, Guadalupe y el Chatito, quien galantemente ayudó a Olga a subir, todos con rumbo a las lagunas de Zempoala.

¡Cuánta emoción! ¡Cuánta euforia!



Olga no recordaba todos los detalles, sólo lo mucho que disfrutó el paseo, el bosque, caminar al lado del Chatito, el coqueteo, las bromas. ¡Cuánto le gustaba!, pero ¡qué tímido era!, y ella, peor.

De repente, los demás inventaron rentar una lancha y ahí van todos.

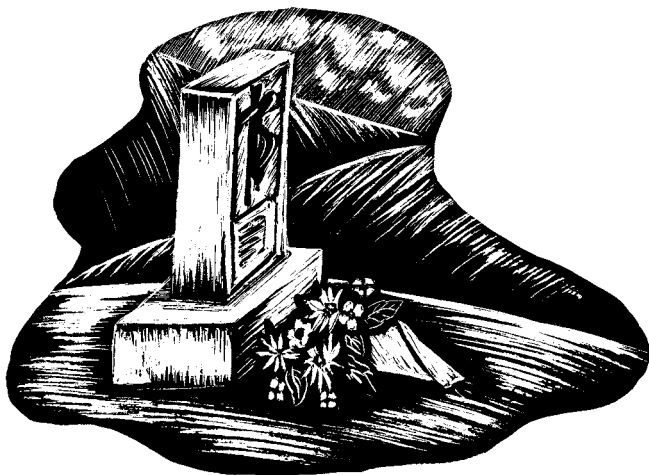
—¡Hey, Ronquillo, Nanda! —gritó una y otra vez Miguel.

Se dejó oír la voz de Lety, quien arreciaba el paso hacia las lanchas:

—¡Ya déjalos!, ya ves que lo suyo es esconderse.

Miguel los convenció para que esperaran a los demás. Luego sucedió lo que tenía que suceder. Por más que se quejó, Olga, Lety, Miguel y Nanda empezaron a armar relajo, a bailotear en la lancha y todos fueron a parar al agua, pero ahí no era Chapultepec.

El otro recuerdo que pudo recuperar Olga es la palidez de todos y cómo ella lloró, lloró y quién sabe cuánto más lloró.





En ese momento, la voz de Miguel la regresó al presente.

—Sí, fue gachísimo, tan buenos amigos que fuimos. ¿Recuerdas cómo nos pusimos de acuerdo para quedarnos en la misma prepa? Cuánto nos ayudó Juan a estudiar, gracias a eso la armé, porque salí bien atrasadote de la secundaria.

—¡Imagínate!, yo era tan tímida que siempre me escudé detrás de ustedes. Nos sentíamos tan seguras.

—Todos, Silueta, porque juntos agarrá-bamos valor para andar solos por la ciudad, para ir a los museos. Ya ves que en las fiestas hasta nos animá-bamos a bailar, ¡imagínate!

—Pienso que era la seguridad que nos daba Juan, ¡cuántas veces nos hizo el paro con nuestros padres!



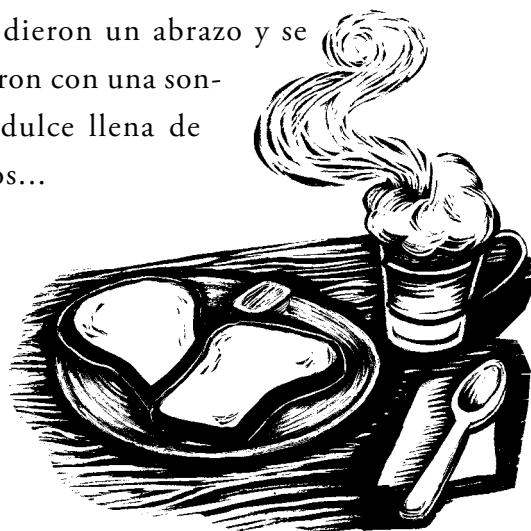
—Así es. Era bien líder. Pero ni él pudo ese día por más que intentó encontrar al Chaitito. Siempre he creído que la culpa lo arruinó, porque desde ahí perdió su fuerza; creo que algunos teníamos demasiada vergüenza o culpa y pues hasta ahí llegó el grupo.

El sonido de un celular los distrajo e hizo que buscaran apresuradamente sus teléfonos. Después de leer un mensaje, Miguel se dirigió a Olga.

—¿Por dónde vives?, mi esposa va a pasar por mí, vamos al norte y podemos darte un aventón.

—No, no te preocupes, sólo voy a una estación más hacia el sur, mejor dame tu número para ponernos de acuerdo y tomar un cafecito.

Se dieron un abrazo y se despidieron con una sonrisa agrisulce llena de recuerdos...



Secreto a voces*

Mónica LAVÍN

Seguramente alguien ya lo había leído. Irene no lo encontró en su mochila, donde a veces lo traía con el temor de que en casa su hermano lo abriera. El diario no tenía llave, así es que lo sujetaba con una liga a la que colocaba una pluma —del plumero— con la curva hacia el lomo de la libreta.

De esa manera, cualquier cambio en la colocación de la pluma, delataba una intromisión. Nunca pensó que en la escuela alguien se atrevería a sacarlo de su mochila.

Se acordó de la tía Beatriz con rabia. Cómo se le había ocurrido re-



* Mónica Lavín. “Secreto a voces”, en *Atrapados en la escuela*, México, Selector, 1994.

galárselo. “A mí me dieron un diario a los quince años, así es que decidí hacer lo mismo contigo.” Deseó no haber tenido nunca ese libro de tapas de piel roja. Ahora estaba circulando por el salón, quién sabe por cuántas manos, por cuántos ojos. Miró de soslayo, sin atreverse a un franco recorrido de las caras de sus compañeros que resolvían los problemas de trigonometría. Temía toparse con alguna mirada burlona, poseedora de sus pensamientos escondidos.

Repasó las numerosas páginas donde estaba escrito cuánto le gustaba Germán, cómo le parecían graciosos esos ojos color miel en su cara pecosa y cómo se le antojaba que la sacara a bailar en las fiestas del grupo. Más lo pensaba y se ponía colorada. Menos mal que había notado la pérdida en la última clase del día. No podría haber resistido el recreo, ni las largas horas de clases de la mitad de la mañana, sabiéndose entre los labios de todos y que su amor por Germán era un secreto a voces.

Justo el día anterior, Germán se había sentado junto a ella a la hora de la biblioteca. Debían hacer un resumen de un cuento leído la semana anterior. Como no se podía hablar,

Germán le pasó un papelito pidiendo ayuda. “SOS, yo analfabeta.” Con dibujitos y flechas, Irene le contó la historia que Germán a duras penas entendía y se empezaron a reír. La maestra se acercó al lugar del ruido y atrapó el papelito cuando Germán lo arrugaba de prisa entre sus manos. La salida de la hora de biblioteca les valió una primera plática extra escolar y dos puntos menos en lengua y literatura.

Todo eso había escrito Irene en su libreta roja el miércoles 23 de abril, mencionando también qué bien se le veía el mechón de pelo castaño sobre la frente y cómo era su sonrisa mientras le pedía disculpas y le invitaba un helado, el viernes por la tarde, como desagravio. Los mismos latidos agitados de su corazón al darle el teléfono, estaban consignados en esa última página plagada de corazones con una G y una I que ahora, todos, incluso el mismo Germán, conocían.





Al sonar la campana, abandonó de prisa el salón, y hasta fue grosera con Marisa.

—¿Qué te pasa?, parece que te picó algo.

—Me siento mal — contestó sin mirarla siquiera y preparando su ausencia del día siguiente.

En la casa, por la tarde, recordó ese menjurje que le dieron una vez para que devolviera el estómago. Agua mineral, un pan muy tostado y sal; todo en la licuadora. Cuando llegó su madre del trabajo, la encontró inclinada sobre el excusado y con la palidez de quien ha echado fuera los intestinos.

Pasó la mañana del viernes en pijama, intentando leer *El licenciado Vidriera* que era tarea para el mes siguiente pero decidiéndose por *Los crímenes de la calle Morgue*, pues al fin y al cabo no pensaba volver más a esa secundaria. Poco se pudo concentrar, pensando en las líneas de su libreta que ahora eran del dominio público y planeando la manera de argumentar en su

casa un cambio de escuela. Era tal su voluntad de olvidarse del salón de clases, que ni siquiera reparó en que era viernes y que había quedado con Germán de tomar un helado hasta que sonó el teléfono.

—Te llama un compañero, Irene —gritó su madre.

No pudo negarse a contestar, habría tenido que dar una explicación a su madre, así es que se deslizó con pesadez hasta el teléfono del pasillo.

—Lo tengo —gritó para que su madre colgara.

—Bueno.

—Hola, soy Germán. ¿Qué te pasó?

—Me enfermé del estómago.

—¿Y todavía te animas al helado? —se le oyó con cierto temor.

Irene se quedó callada buscando una respuesta tajante.

—No, no me siento bien.

—Entonces voy a visitarte —dijo decidido—, así te llevo el tema de la investigación de biología. Nos tocó juntos.

No tuvo más remedio que darle su dirección, bañarse a toda prisa y vestirse. Esa intem-



pesteiva voluntad de Germán por verla era una clara prueba de que la sabía suspirando por él. Ahora tendría que ser fría, desmentir aquellas confesiones escritas en el diario como si fueran de otra.

Germán llegó puntual y con una cajita de helado de limón pues “era bueno para el dolor de estómago”. Irene se empeñó en estar seca, distante y sin mucho entusiasmo por el trabajo que harían juntos. La cara de Germán fue perdiendo la sonrisa que a ella tanto le gustaba.

Antes de despedirse, y con el ánimo notoriamente disminuido después de la efusiva llegada con el helado de limón, Germán le pidió el temario para los exámenes finales pues él lo

había perdido. Irene subió a la recámara y hurgó sin mucho éxito por los cajones del escritorio y en su mochila. Se acordó de pronto que apenas el jueves había cambiado todo a la mochila nueva. Dentro del clóset oscuro, metió la mano en la mochila vieja y se topó con algo duro. Lo sacó despacio, era el diario de las tapas rojas con la curva de la pluma hacia el lomo.

Bajó de prisa las escaleras.

—Lo encontré —dijo aliviada—, pero el temario no.

Germán la miró sin entender nada.

—Es que ya no iba a volver a la escuela —explicó turbiamente—. ¿Quieres helado?

—Ya me iba —contestó Germán, aún dolido.

—No, todo ha sido un malentendido. No te puedo explicar, pero quédate, por favor —intentó Irene.

—Está bien —contestó Germán con esa sonrisa que a ella tanto le gustaba y el mechón castaño sobre la frente, sin saber que esa tarde quedaría escrita en un libro de tapas rojas.

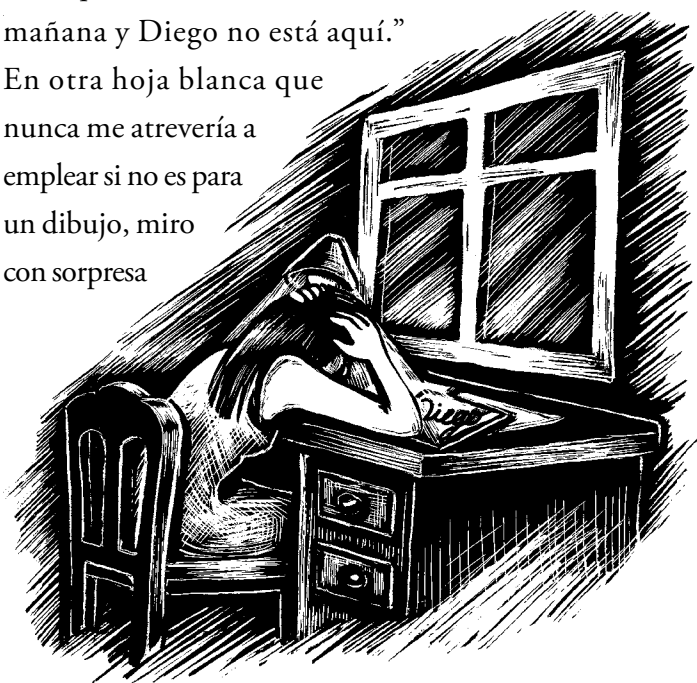


Querido Diego, te abraza Quiela*

Elena PONIATOWSKA

En los papeles que están sobre la mesa, en vez de los bocetos habituales, he escrito con una letra que no reconozco: “Son las seis de la mañana y Diego no está aquí.”

En otra hoja blanca que nunca me atrevería a emplear si no es para un dibujo, miro con sorpresa



* Elena Poniatowska. *Querido Diego, te abraza Quiela*, México, SEP/Ediciones Era, 1994.

mi garabato: “Son las ocho de la mañana, no oigo a Diego hacer ruido, ir al baño, recorrer el tramo de la entrada hasta la ventana y ver el cielo en un movimiento lento y grave como acostumbra hacerlo y creo que voy a volverme loca”, y en la misma más abajo: “Son las once de la mañana, estoy un poco loca, Diego definitivamente no está, pienso que no vendrá nunca y giro en el cuarto como alguien que ha perdido la razón. No tengo en qué ocuparme, no me salen los grabados, hoy no quiero ser dulce, tranquila, decente, sumisa, comprensiva, resignada, las cualidades que siempre ponderan los amigos. Tampoco quiero ser maternal; Diego no es un niño grande, Diego sólo es un hombre que no escribe porque no quiere y me ha olvidado por completo.” Las últimas palabras están trazadas con violencia, casi rompen el papel y lloro ante la puerilidad de mi desahogo. ¿Cuándo lo escribí? ¿Ayer? ¿Antier? ¿Anoche? ¿Hace cuatro noches? No lo sé, no lo recuerdo. Pero ahora, Diego, al ver mi desvarío te lo pregunto y es posiblemente la pregunta más grave que he hecho en mi vida. ¿Ya no me quieres, Diego? Me gustaría que me lo dijeras con toda franqueza. Has tenido suficiente

tiempo para reflexionar y tomar una decisión por lo menos en una forma inconsciente, si es que no has tenido la ocasión de formularla en palabras. Ahora es tiempo de que lo hagas. De otro modo arribaremos a un sufrimiento inútil, inútil y monótono como un dolor de muelas y con el mismo resultado. La cosa es que no me escribes, que me escribirás cada vez menos si dejamos correr el tiempo y al cabo de unos cuantos años llegaremos a vernos como extraños si es que llegamos a vernos. En cuanto a mí, puedo afirmar que el dolor de muelas seguirá hasta que se pudra la raíz; entonces ¿no sería mejor que me arrancarás de una vez la muela, si ya no hallas nada en ti que te incline hacia mi persona? Recibo de vez en cuando las remesas de dinero, pero tus recados son cada vez más cortos, más impersonales y en la última no venía una sola línea tuya. Me nutro indefinidamente con un “Estoy bien, espero que tú lo mismo, saludos, Diego” y al leer tu letra adorada trato de adivinar algún mensaje secreto, pero lo escueto de las líneas escritas a toda velocidad deja poco a la imaginación. Me cuelgo de la frase: “Espero que tú lo mismo” y pienso: “Diego quiere que yo



esté bien” pero mi euforia dura poco, no tengo con qué sostenerla. Debería quizá comprender por ello que ya no me amas, pero no puedo aceptarlo. De vez en cuando, como hoy, tengo un presentimiento pero trato de borrarlo a toda costa. Me baño con agua fría para espantar las aves de mal agüero que rondan dentro de mí, salgo a caminar a la calle, siento frío, trato de mantenerme activa, en realidad, deliro. Y me refugio en el pasado, rememoro nuestros primeros encuentros en que te aguardaba enferma de

tensión y de júbilo. Pensaba: en medio de esta multitud, en pleno día entre toda esta gente, del Boulevard Raspail, no, de Montparnasse entre estos hombres y mujeres que surgen de la salida del metro y van subiendo la escalera, él va a aparecer, no, no aparecerá jamás porque es sólo un producto de mi imaginación, por lo tanto yo me quedaré aquí plantada en el café frente a esta mesa redonda y por más que abra los ojos y lata mi corazón, no veré nunca a nadie que remotamente se parezca a Diego. Temblaba yo, Diego, no podía ni llevarme la taza a los labios, ¡cómo era posible que tú caminaras por la calle como el común de los mortales!, escogieras la acera de la derecha; ¡sólo un milagro te haría emerger de ese puñado de gente cabizbaja,



oscura y sin cara, y venir hacia mí con el rostro levantado y tu sonrisa que me calienta con sólo pensar en ella! Te sentabas junto a mí como si nada, inconsciente ante mi expectativa dolorosa y volteabas a ver al hindú que leía el *London Times* y al árabe que se sacaba con el tenedor el negro de las uñas. Aún te veo con tus zapatos sin bolear, tu viejo sombrero olanudo, tus pantalones arrugados, tu estatura monumental, tu vientre siempre precediéndote y pienso que nadie absolutamente, podría llevar con tanto señorío prendas tan ajadas. Yo te escuchaba quemándome por dentro, las manos ardientes sobre mis muslos, no podía pasar saliva y, sin embargo, parecía tranquila y tú lo comentabas: “¡Qué sedante eres, Angelina, qué remanso, qué bien te sienta tu nombre, oigo un levísimo rumor de alas!” Yo estaba como drogada, ocupabas todos mis pensamientos, tenía un miedo espantoso de defraudarte. Te hubiera teleografiado en la noche misma para recomponer nuestro encuentro, porque repasaba cada una de nuestras frases y me sentía desgraciada por mi torpeza, mi nerviosidad, mis silencios; rehacía, Diego, un encuentro ideal para que volvieras a tu trabajo

con la certeza de que yo era digna de tu atención. Temblaba, Diego, estaba muy consciente de mis sentimientos y de mis deseos inarticulados, tenía tanto qué decirte —pasaba el día entero repitiéndome a mí misma lo que te diría— y al verte de pronto, no podía expresarlo y en la noche lloraba agotada sobre la almohada, me mordía las manos: “Mañana no acudirá a la cita, mañana seguro no vendrá. Qué interés puede tener en mí” y a la tarde siguiente, allí estaba yo frente al mármol de mi mesa redonda, entre la mesa de un español que miraba también hacia



la calle y un turco que vaciaba el azucarero en su café, los dos ajenos a mi desesperación, a la taza entre mis manos, a mis ojos devoradores de toda esa masa gris y anónima que venía por la calle, en la cual tú tendrías que corporizarte y caminar hacia mí.

¿Me quieres, Diego? Es doloroso sí, pero indispensable saberlo. Mira, Diego, durante tantos años que estuvimos juntos, mi carácter, mis hábitos, en resumen, todo mi ser sufrió una modificación completa: me mexicanicé terriblemente y me siento ligada *par procuration* a tu idioma, a tu patria, a miles de pequeñas cosas y me parece que me sentiré muchísimo menos extranjera contigo que en cualquier otra tierra. El retorno a mi hogar paterno es definitivamente imposible, no por los sucesos políticos, sino porque no me identifico con mis compatriotas. Por otra parte, me adapto muy bien a los tuyos y me siento más a gusto entre ellos.

Son nuestros amigos mexicanos los que me han animado a pensar que puedo ganarme la vida en México, dando lecciones.

Pero después de todo, esas son cosas secundarias. Lo que importa es que me es im-

posible emprender algo a fin de ir a tu tierra, si ya no sientes nada por mí o si la mera idea de mi presencia te incomoda. Porque en caso contrario, podría hasta serte útil, moler tus colores, hacerte los estarcidos, ayudarte como lo hice cuando estuvimos juntos en España y en Francia durante la guerra. Por eso te pido, Diego, que seas claro en cuanto a tus intenciones. Para mí, en esta semana, ha sido un gran apoyo la amistad de los pintores mexicanos en París, Ángel Zárraga sobre todo, tan suave de trato, discreto hasta la timidez. En medio de ellos me siento en México, un poco junto a ti, aunque sean menos expresivos, más cautos, menos libres. Tú levantas torbellinos a tu paso, recuerdo que alguna vez Zadkin me preguntó:



“¿Está borracho?” Tu borrachera venía de tus imágenes, de las palabras, de los colores; hablabas y todos te escuchábamos incrédulos; para mí eras un torbellino físico, además del éxtasis en que caía yo en tu presencia, junto a ti era yo un poco dueña del mundo. Élie Faure me dijo el otro día que desde que te habías ido, se había secado un manantial de leyendas de un mundo sobrenatural y que los europeos teníamos necesidad de esta nueva mitología porque la poesía, la fantasía, la inteligencia sensitiva y el dinamismo de espíritu habían muerto en Europa. Todas esas fábulas que elaborabas en torno al sol y a los primeros moradores del mundo, tus mitologías, nos hacen falta, extrañamos la nave espacial en forma de serpiente emplumada que alguna vez existió, giró en los cielos y se posó en México. Nosotros ya no sabemos mirar la vida con esa gula, con esa rebeldía fogosa, con esa cólera tropical; somos más indirectos, más inhibidos, más disimulados. Nunca he podido manifestarme en la forma en que tú lo haces; cada uno de tus ademanes es creativo; es nuevo, como si fueras recién nacido, un hombre intocado, virginal, de una gran e inexplicable

pureza. Se lo dije alguna vez a Bakst y me contestó que provenías de un país también recién nacido: “Es un salvaje —respondió— los salvajes no están contaminados por nuestra decadente ci-vi-li-za-ción, pero ten cuidado porque suelen tragarse de un bocado a las mujeres pequeñas y blancas.” ¿Ves cuán presente te tenemos, Diego? Como lo ves estamos tristes. Élie Faure dice que te ha escrito sin tener respuesta. ¿Qué harás en México, Diego, qué estarás pintando? Muchos de nuestros amigos se han dispersado. Marie

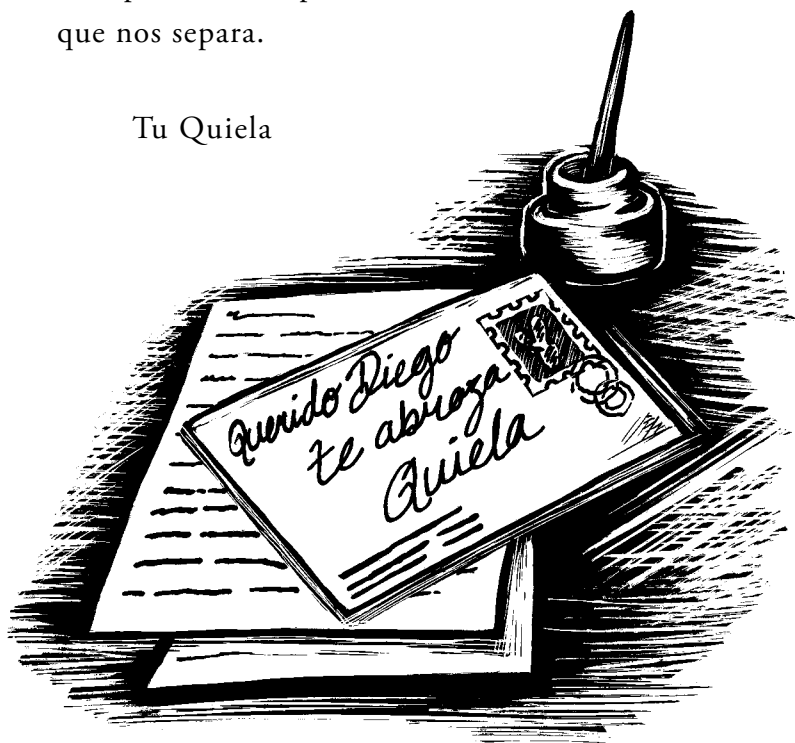


Blanchard se fue de nuevo a Brujas a pintar y me escribió que trató de alquilar una pieza en la misma casa en que fuimos tan felices y nos divertimos tanto, cuando te levantabas al alba a adorar al sol y las mujeres que iban al mercado soltaban sus canastas de jitomates, alzaban los brazos al cielo y se persignaban al verte parado en el pretil de la ventana, totalmente desnudo. Juan Gris quiere ir a México y cuenta con tu ayuda, le prometiste ver al Director del instituto cultural de tu país, Ortiz de Zárate y Ángel Zárraga piensan quedarse otro tiempo, Lipschitz también mencionó su viaje, pero últimamente le he perdido la pista porque dejó de visitarme. Picasso se fue al sur en busca del sol; de los Zeting nada, como te lo he escrito en ocasiones anteriores. A veces, pienso que es mejor así. Hayden, a quien le comuniqué la frecuencia con la que te escribía, me dijo abriendo los brazos: “Pero, Angelina, ¿cuánto crees que tarden las cartas? Tardan mucho, mucho, uno, dos, tres meses y si tú le escribes a Diego cada ocho, quince días, como me lo dices, no da tiempo para que él te conteste.” Me tranquilizó un poco, no totalmente, pero en fin, sentí que la naturaleza

podía conspirar en contra nuestra. Sin embargo, me parece hasta inútil recordarte que hay barcos que hacen el servicio entre Francia y México. Zadkin en cambio me dijo algo terrible mientras me echaba su brazo alrededor de los hombros obligándome a caminar a su lado: “Angelina, ¿qué no sabes que el amor no puede forzarse a través de la compasión?”

 Mi querido Diego, te abrazo fuertemente, desesperadamente por encima del océano que nos separa.

Tu Quiela





Andanzas en la Sierra Tarahumara*

Graziella ALTAMIRANO

En gran parte de la Sierra Madre Occidental, en el estado de Chihuahua, han vivido por muchos años los tarahumaras. Éste es uno de los diversos grupos indígenas de México. En una de las regiones más altas de la sierra hay una gran planicie rodeada de bosques de pinos y encinos, quebrada por profundos cañones y regada por abundantes ríos que se dispersan en infinidad de arroyos y bellísimas cascadas que forman un espléndido paisaje.

En medio de una región de manantiales y riachuelos se encuentra un pequeño pueblo llamado Guachochi, nombre que significa “lugar de garzas azules”, porque allí habitan numerosas aves acuáticas.

A finales del siglo pasado Guachochi era un pueblo, como otros de la sierra, habitado

* Graziella Altamirano. *Andanzas en la Sierra Tarahumara*, México, SEP/Instituto Mora (Colección el tiempo vuela), 1994.

principalmente por indios tarahumaras que mantenían una mezcla de creencias entre su religión y la que les predicaron los misioneros jesuitas durante la época de la colonización española. Hasta allí habían llegado los misioneros a enseñar a los indios la religión cristiana y nuevas costumbres para vivir mejor, como son el uso de animales domésticos, del arado y algunos cultivos de frutales y diversas semillas. Sin embargo, muchos tarahumaras vivían aún en cuevas, en las laderas de los montes o en los cañones solitarios, y mantenían intactas sus propias tradiciones y creencias religiosas.



En la entrada del pueblo de Guachochi, donde corría un arroyo con aguas cristalinas y crecía un conjunto de frondosos pinos, unas cuantas casitas de madera parecían cobijarse a la sombra de aquellos imponentes árboles. En una de estas chozas vivía Juaní, un pequeño tarahumara.

Juaní era un muchacho de doce años, inteligente, vivaracho y en continua actividad. Como todos los de su raza tenía la piel color de chocolate claro y llevaba el cabello largo, pero algo lo hacía diferente a los demás: sus ojos, muy brillantes y avispados.

Era delgado, pero fuerte y resistente y, a pesar de su corta edad, ya era un excelente corredor como todos los tarahumaras, quienes se han llamado así mismos *rarámuri*, que quiere decir “los de los pies ligeros”. Los hombres de esta tribu han sido reconocidos como los mejores corredores de resistencia.

Además de la lengua tarahumara Juaní sabía hablar el español, pues lo había aprendido en una escuelita para indios que se había establecido cerca de Guachochi; ahí acudía, junto con otros chicos, a aprender a leer y escribir.

Juaní jugaba con los demás niños de la aldea al tiro al blanco con arcos y flechas que ellos mismos construían. También participaba en competencias de carreras como las que hacían los grandes de la tribu. Pero el juego que más le gustaba era el de la *taba*, que se jugaba con huesitos de venado o de cabra que se arrojaban al suelo y según la posición en que cayeran tenían un valor diferente. El niño que alcanzaba más puntos ganaba granitos de maíz, Juaní pasaba largas horas jugando a la *taba*, y con frecuencia llegaba a su casa con los puños llenos de maíz.

Por ser el mayor de los hermanos, Juaní tenía que ayudar a su padre en la siembra y cosecha de maíz y acompañarlo a cazar venados y ardillas, mientras su madre se quedaba con los más pequeños haciendo la comida y tejiendo frazadas y ceñidores de vistosos colores.

Cuando no jugaba con los otros chicos o acompañaba a su padre a cazar, Juaní cuidaba las cabras de la familia y se sentaba debajo de un árbol con el violín que su papá tocaba en las ceremonias del pueblo. El violín era un instrumento musical muy conocido entre los tarahumaras y a Juaní le gustaba mucho.

Andrés el adivino

Juaní había crecido en una familia muy respetada en el pueblo, ya que su abuelo Andrés era un famoso curandero y adivino a quien acudía la gente de la aldea cuando se enfermaba. Además, como era uno de los principales sacerdotes, dirigía las ceremonias y los bailes que se efectuaban en tiempos de sequía para pedir la lluvia al Padre Sol y a la Madre Luna. La danza para los tarahumaras era algo muy serio y de gran ceremonia. Más que una diversión, era una especie de culto y de encantamiento.

A Juaní le gustaba acompañar a su abuelo como ayudante en las curaciones y, cuando había bailes especiales, permanecía cerca de él sin perder detalle de la ceremonia.



Andrés tenía un aspecto singular y misterioso. La blancura de sus cabellos, las arrugas de su rostro y lo poblado de sus blancas cejas le daban un aire enigmático. Era reservado, solitario y hablaba poco, pero con Juaní actuaba de otra manera. Sabía bien que el brillo de los ojos chispeantes de Juaní, su mirada atenta y penetrante, lo hacía un niño diferente a los demás. El abuelo Andrés sabía que si Juaní seguía sus enseñanzas, algún día podría tomar su lugar como adivino y curandero. Como Juaní tenía ya 12 años, empezaba a enseñarle los secretos sobre los mensajes que enviaban los dioses a los tarahumaras y los poderes que la naturaleza ejercía para comunicarse con ellos.

Una tarde calurosa de junio, en que la temporada de secas se había prolongado y comenzaba a hacer estragos en las siembras por la falta de agua, Juaní acompañó a su abuelo a hacer una curación en la aldea cercana. Cuando regresaban vieron que el tiempo empezaba a cambiar y una negra masa de nubes se aproximaba presagiando tormenta. A Juaní le brillaron los ojos más que nunca y le gritó al abuelo.

—¡Mira, la lluvia viene! ¡La lluvia viene!

El viejo, gran conocedor de los fenómenos naturales y del curso de los vientos, se dio cuenta de que los negros nubarrones saturados de agua sólo pasarían a toda velocidad, empujados por el viento que los llevaba a lugares más lejanos.

—Parece que Tata Dios no quiere mandar la lluvia, hijo. Últimamente está muy enojado —dijo el abuelo.

Los ojos de Juaní se opacaron.

—¿Por qué había de estarlo? —preguntó.

—No sé —respondió el viejo—, quizá porque no muy lejos de aquí, los blancos han traído esos grandes gusanos de larga lengua y



crecida barba que echan humo y dejan a los indios fuera de la vista de Tata Dios, que ya no los puede cuidar. Tal vez por eso Tata Dios se enojó y no envía las lluvias.

El abuelo se refería al ferrocarril que, por aquel entonces, empezaba a extenderse por

la sierra de Chihuahua. En ese tiempo, se construían vías en todo México para comunicar a las grandes ciudades y transportar productos hasta los lugares más apartados. En el pasado, los blancos habían despojado a los tarahumaras de sus tierras para cultivarlas; ahora los indios veían que también se las quitaban para que pasara el ferrocarril.

—Hay tiempos malos cuando los dioses se enojan y no mandan la lluvia —continuó el viejo—, entonces la Luna, que es la encargada de hacer llover, se enferma y no puede cumplir su tarea porque los dioses están enojados. Es preciso curarla cuanto antes, ya que mientras siga enferma no va a llover, ni van a brillar las estrellas en la noche, porque reciben la luz de la Luna, y el mundo se pondrá triste.

Juaní sabía que el abuelo no sólo curaba a los hombres de la tribu y a los animales, sino que también podía curar a la Luna y al Sol, si éstos se enfermaban.

—¿Entonces, vamos a hacer *yumari*? —preguntó Juaní.

—Sí, hijo —contestó el abuelo—, esta noche vamos a hacer *yumari*.



La danza y la lluvia

El *yumari* es uno de los bailes más importantes de los tarahumaras. Se efectúa durante una noche entera para ayudar al Padre Sol y a la Madre Luna a producir la lluvia. En esta danza se imitan los movimientos de los venados, que también están muy interesados en que llueva.

El viejo dijo a Juaní que los animales habían enseñado a bailar a los tarahumaras y le explicó que no eran seres inferiores, sino que entendían de magia y ayudaban a atraer la lluvia.

—En la primavera —le dijo—, el gorjeo de los pájaros, el arrullo de las palomas, el canto de las ranas, el chirrido de los grillos y los mil

ruidos que emiten los habitantes del bosque, son peticiones a los dioses para que envíen el agua, ¿qué otra razón tendrían para cantar? También los venados saltan y hacen cabriolas para llamar la atención de los dioses y que éstos se pongan contentos y hagan llover.

Durante el regreso a su casa, Juaní permaneció callado reflexionando sobre las palabras del abuelo y contemplando las nubes que formaban un desfile de animales fantásticos que danzaban en el cielo.

Esa noche se reunió el pueblo para bailar. Todo estaba preparado: habían elevado una cruz y encendido una gran hoguera.

A la hora fijada, después de la puesta del sol, el viejo Andrés sacudió una sonaja para avisar a los dioses que el baile iba a comenzar. Acto seguido, se puso a dar vueltas alrededor de la cruz, canturreando y marchando al compás de la sonaja que movía de abajo hacia arriba; dio la vuelta ceremonial deteniéndose por unos segundos en cada uno de los puntos cardinales, y después comenzó su danza. Poco a poco fueron uniéndose hombres, mujeres y niños que habían acudido a tan importante reunión.

El *yumari* consistía en pasos cortos hacia adelante y hacia atrás, en una marcha cerrada. Los indios, envueltos en sus frazadas, se alineaban a ambos lados del adivino, tocándose con los hombros y fijos los ojos en el suelo. Las mujeres danzaban por separado detrás de los hombres. De este modo, todos avanzaban y retrocedían, formando una curva alrededor de la cruz.

Juaní no estaba con los otros niños de su edad que también danzaban lejos de los mayores. Trataban de estar lo más cerca posible del abuelo y, aunque ya había participado en ceremonias similares, la de esta noche era muy especial. El fuego iluminaba en forma extraña



a todos los danzantes que parecían flotar en el aire, mientras repetían los cantos acompañados en una atmósfera de singular encanto.

Los cantos del *yumari* decían que el grillo quería bailar, que la rana quería bailar y brincar, que la garza azul quería pescar, que la lechuza y la tórtola estaban bailando y la zorra gris aullaba, de tal forma que pronto comenzarían las aguas.

La danza continuó sin interrupción durante horas y horas con aquel movimiento rítmico y regular dirigido por el adivino, que sacudía su sonaja con entusiasmo y energía golpeando con el pie derecho contra el suelo, como para poner énfasis en las palabras que salían de su boca con voz fuerte y resonante. Con su fervor se empeñaba en sacar a los dioses de su indiferencia.

Mientras los grandes bailaban, los niños empezaron a cansarse y se fueron quedando dormidos uno a uno. Juaní, aunque se esforzó en permanecer despierto, también se durmió debajo de un árbol mientras pensaba que el Lucero de la Mañana miraba bailar a sus hijos, los tarahumaras de la sierra, y enviaba sus últimos rayos sobre la fantástica

escena, antes de la llegada del astro del día:
el Padre Sol.

Los grandes continuaron con la segunda
parte de la ceremonia, que se efectuaba cuando
el primer rayo de la rosada aurora
anunciaba la llegada del sol.



Entonces dejaron de bailar, ofrecieron a los dioses la comida que habían preparado y las jícaras llenas de *tesgüino*, una bebida muy importante para ellos hecha con maíz y parecida a la cerveza. Después todos se pusieron a comer y a beber *tesgüino*.

Cuando Juaní despertó, todo había terminado. Ya no vio al abuelo. Seguramente se había retirado a su solitaria casa en la montaña. Muchos seguían bebiendo *tesgüino* y otros ya se habían embriagado con sus efectos; Juaní y su familia se encaminaron a casa.

Pasaron varios días y la lluvia no hacía su aparición. Todo continuaba seco y triste. Entonces la gente del pueblo decidió consultar al adivino Andrés sobre la conveniencia de hacer otro *yumari*, y éste dio su consentimiento para que se llevaran a cabo los preparativos.

La gran piedra del jardín*

José AGUSTÍN

La gran sorpresa en casa de Pascual fue que su familia salió de vacaciones y él encontró las llaves del bar. Ya estaban ahí Ricardo, fumando como loco, Hugo y Óscar: dos amigos de Pascual y conocidos míos. Tras los saludos de rigor, Pascual esperó un instante de silencio para proceder solemnemente con el saqueo. Todos estábamos entusiasmadísimos, porque aparte de las botellas había varios cartones de *Phillip Morris*. Pero Pascual dijo que no tocáramos los cigarros porque, de saberlo, su padre se pondría furioso. Eso nos descorazonó un poco, pero volvimos a entusiasmarnos cuando Pascual sacó una botella de brandy no malo porque dice so-lera. Luego meditó que su padre se daría cuenta por lo mismo y buscó otra botella. Un proceso

* José Agustín. "La gran piedra del jardín", en *Atrapados en la Escuela*, México, Selector, 1994.



similar aconteció con cuanto frasco tomaba y apuesto que estuvo a punto de sugerir que mejor compráramos algo si no hubiésemos protestado. Entonces, no de buena gana, sacó una de ron. Todos nos servimos tragos para adulto, pero Pascual hacía trampa: se servía poco ron, mucho refresco y aun le echaba agua. Sin embargo, fue el primero en marearse. Le siguió Ricardo, que había estado secreteándose con Hugo y Óscar.

El canalla se levantó para decir:

—He decidido pelarme de casa, me iré tan pronto como sea posible. Él —me señaló, el canalla— está de acuerdo conmigo y piensa acompañarme.

Quise aclarar que era una mentira *king size*, pero Pascual gritó:

—Perfecto perfecto perfecto, nosotros seremos tumbas y no diremos nada cuando empiecen a buscarlos, ¡salud!

Todos bebimos. Ricardo dio un saltísimo para proclamar con entusiasmo:

—Nada de eso, el chiste es que seamos varios, ¿por qué no vienen ustedes también?

Súbito silencio.

—Pues... —musitó Pascual.

Hugo fingió quedarse pensativo mientras Óscar balbucía:

—Yo, no sé, habría que pensarlo.

Interrumpí, juzgando que era el momento adecuado.

—Oye, Ricardo, en la mañana nunca dije que te acompañaría... —me miró ofendido.

—Pero tú...

—Dije que no —insistí—, es más, no creo que hagas nada.

—¿Me estás tomando por un rajón?

No quise contestar porque lo conozco y sé que le encanta hacer tango por cualquier asunto. Pascual, con lucidez insospechada, logró parar todo al decirnos que aún tenía otra sorpresa. Uy, qué emoción. Ricardo olvidó toda ofensa, y como chamaquito, empezó a preguntar cuál sorpresa. Hugo y Óscar gimoteaban también y nuestro anfitrión, feliz.

—Antes que nada, otro chupe —dijo y sirvió de nuevo. Con toda mi mala leche intervine:

—Dame tu vaso, Pascual, estás haciéndote pato.

Quedó sorprendido y aproveché ese instante para arrebatarse el vaso: casi lo llené de ron y sólo puse un chorrito de refresco. Pascual quiso protestar.

—Oye, nadie está bebiendo así.

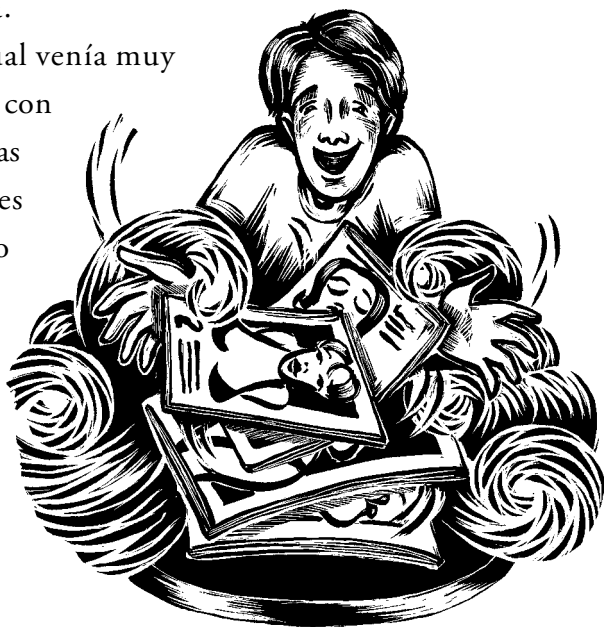
Me tragué un pero tú sí al decirle que eso no era cierto y lo invité a probar nuestros vasos, rematándolo con un pato pascual. Titubeó un momento, y como seguramente recordó que sus padres no regresarían en una semana, aceptó la perspectiva de quedar privado.

—La sorpresa —gimió Hugo.

—Primero hay que chuparle —insistí, comprendiendo que también yo comenzaba a marearme.

Automáticamente, todos bebimos, como si fuera algo sagrado. Hugo y Ricardo, impacientes, exigieron la sorpresa, amenazando con abrir el brandy solera. Pascual se levantó sonriendo, para perderse por el pasillo. Aunque parezca mentira, nos sentimos desamparados (un poco) durante su ausencia, y quizá por eso, cuando regresó apuramos nuestros tragos a guisa de bienvenida.

Pascual venía muy misterioso, con varias revistas a todas luces gringas dado





lo brillante del papel. Se colocó en el centro del sofá, y al momento, Hugo y Óscar fueron a su lado. Me coloqué atrás, junto a Ricardo. Pascual ya estaba diciendo, pero sin dejarnos ver las revistas.

—Las encontré el otro día, mi papá me encerró en la biblioteca, castigado, como no tenía nada que hacer, revolví todo y así salieron estas preciosidades. Veán nomás.

Abrió una revista al azar. Fiu, silbaron todos al ver a una muchacha desnuda cubriendo

su sexo con las manos. Como los apretaba con los brazos, sus senos se veían enormes. Pascual empezó a volver las hojas con excesiva lentitud, regodeándose con los desnudos. Hugo, Ricardo y Óscar estaban en perfecto silencio, sin despegar los ojos.

—¡Qué emoción; grazna, Pascual! —comenté con la voz demasiado chillona, lo cual me delató: pretendía darme aires de entendido. Afortunadamente, ninguno se dio cuenta. Cómo iban a darse cuenta. Continuaban silenciosos bebiendo sorbitos y fumando como apaches. Ante la perspectiva de formar parte del coro de



exclamaciones, me estiré para tomar una revista e iniciar la ronda a mi manera. Muy interesante tórax. Perfecta conformación craneana. Etcétera. Me miraron sorprendidos, mientras yo torcía mis imaginarios mostachos.

—Déjenlo, está loquito —al fin graznó Pascual. Y entonces *ellos* iniciaron los mira, uh, zas, qué bruto, bolas, rájale, guau, mamasota.

Al poco rato, Ricardo, mareado del todo, acabó durmiendo casi sobre Pascual, que seguía atentísimo viendo los cuerazos. Hugo y Óscar, tras tomar sendas revistas, fueron a los sillones para gozarlas. Pascual bebía cada vez más rápido, estaba muy colorado; después se levantó, siempre con su revista, y se fue por el pasillo. Supuse que iba a vomitar. Ricardo dormía en el sofá, con sonoridades aparatosas. Hugo se había quedado quieto, viendo el vacío, un poco triste. Óscar dejó su revista, y entre eructos, inconscientemente se exprimía los barros. Siempre me ha causado repulsión ver a alguien en esos menesteres y sobre todo a Óscar: es un barro andante.

Perfectamente aburrido, y aún no ebrio, me encaminé hacia el baño, para burlarme de

Pascual, a quien esperaba encontrar en pésimas condiciones.

No me molesté en tocar la puerta, para sorprenderlo. Fue un error: Pascual se hallaba sentado sobre la taza, haciéndose una, mientras echaba ardientes miradas a la revista que puso en el suelo. Se quedó de una pieza al verme y sólo alcanzó a musitar:

—Quihubo.

—Quihubo —respondí antes de cerrar la puerta. Yo también, y no entiendo por qué, me quedé de una pieza. Mi reacción natural debió haber sido la risa, mas nada de eso.

El corazón comenzó a bailotear en mis adentros, como si presintiera algo. Sin saber la razón corrí a la cocina y pude ver, con real



pavor, que la estúpida familia de Pascual había (seguramente) cambiado sus planes y ya estaba ahí: su padre aprestándose a bajar del coche y los hermanitos haciendo un escándalo de los mil demonios. Busqué la manera de esfumarme de la casa sin que nadie me viese, pero no había puerta atrás ni cosa por el estilo. Entonces, temblando como idiota, abrí la ventana y salté al jardín, donde quedé agazapado, esperando que entraran los pascualos. Eché pestes un buen rato porque los canallas no tenían para cuándo, pero al fin lo hicieron. Más rápido que de prisa salté la barda y no paré de correr hasta diez cuadras adelante. Me senté en la banqueta, resoplando, pero muerto de la risa al imaginar el escándalo que se habría armado en casa de Pascual. El problema fue que con la carrera acabé mareadísimo; si llegaba en esas condiciones a la casa, Humberto me despellejaría.

Despertar esta mañana fue una pesadilla: nunca me había sentido tan mal. Ayer en la noche corrí con verdadera suerte: Humberto y Violeta habían salido y mi hermano no se dio cuenta de nada, por estar viendo la tele. Cené como cosaco, porque oí decir que con la barriga

llena la cruda es menos. Además, bebí dos alka seltzers, pero con todo y eso hoy tenía ganas de quedarme botado todo el día. Humberto me despertó, y tras desayunar, pidió que lo acompañara.

Tuve que hacer reales prodigios de actuación para que no se diera cuenta de nada. Antes de salir, dije que si telefoneaba Ricardo o cualquiera de ellos, dejaran recado. Me muero de curiosidad por conocer el desenlace del lío de ayer.

Humberto manejó muy silencioso hasta llegar al consultorio. Lo esperé con el coche y al poco rato regresó, dije:

—Pensé que tardarías más.

—No, sólo di unas instrucciones. Hoy no trabajo.

—Suave. Entonces, ¿a dónde vamos?

—A comprar cosas.

Asentí en silencio cuando él enfilaba por todo Insurgentes (hacia el norte). Ya está, pensé, vamos al centro.

—¿Vamos al centro? —pregunté (estúpidamente).

—Sí.

—¿Qué vas a comprar?

—Ropa para tu hermano.

—Y para mí, ¿no?

—No necesitas nada, o ¿sí?

—Pues ni sé.

—Fíjate.

—¿Cómo te ha ido con los loquitos,
Humberto?

—Son enfermos, hijo.

—Perdón.

—Pues no ha habido nada anormal. ¿Por
qué?, ¿te interesa mi carrera?

—Sí, ¿por qué no?

—¿Ya te decidiste?

—¿Eh?



—Que si ya decidiste qué quieres estudiar.

—¿No te enojas?

—No, ¿por qué?

—No me gusta pensar en eso.

—Sí, claro, pero todavía falta la prepa.

Dicen que ahí orientan.

—Sí, claro. Ya estoy inscrito y todo, pasado mañana me dan la credencial, es cosa de tiempo.

—Bueno, sí, pero no me gusta que seas tan, indiferente, digamos, a este asunto; después de todo, de ahí depende tu futuro.

—Me gustaría ser siquiatra, papá.

Humberto sonrió, quizá porque comprendía que eso era falso, por dos razones: a, él es siquiatra; y b, nunca le digo papá. Claro que no se enoja, al contrario, fue él quien nos acostumbró a que le dijéramos Humberto y sanseacabó. Mi madre, al parecer, está muy de acuerdo con que le digamos Violeta.

Fuimos al Puerto de Liverpool. Lo odio. Compramos camisas y pantalones para mi hermano y luego regresamos al coche. Humberto me compró un helado y preguntó si quería que fuésemos a mi ex escuela, para saludar a los maestros. Dije que Dios librárame. Sonrió. Es

muy bueno Humberto, no sé cómo se las arregla con sus pacientes (algunos son bien canallitas; bueno, eso cuenta el doctor Quinto, compañero de mi padre).

Pareció adivinar lo que pensaba.

—Tu mamá encontró una cajetilla de cigarrillos en uno de tus sacos.

Preferí no contestar haciéndome tonto, pero Humberto reforzó el ataque.

—Además, cada vez que se entra en tu cuarto, apesta a cigarro. ¿Te gusta mucho fumar?

—No es eso, es que...

Silencio de nuevo: soy un tarado.

—¿Qué? —insistió.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

Para entonces, Humberto me estaba cayendo de la patada: no por regañarme, sino por hacerme titubear. Siempre es lo mismo. Estuve a punto de gruñir que adoro el cigarruco, que fumo catorce cajetillas diarias cuando no le entro a la mariguana como desorbitado, pero consideré que era violentar demasiado el asunto. Guardé mi ridículo silencio, y después, Humberto empezó a reír suavemente.

—Mucho temperamento para tan poco asunto, hijo.

—¿Cómo?

—Que no te apechugues por eso, yo también fumaba a tu edad, no estaba regañándote. ¿Qué marca fumas?

Sin darme cuenta, yo estaba sonriendo también. No sé, se me fueron los pies, lo imaginé mi cómplice, creí que nos detendríamos en una tabaquería para comprar un cartón de cigarros. Para mí. Cínicamente, musité ráleigh. Humberto frunció el entrecejo al comentar:

—Son caros, ¿eh? —y después, brutalmente—, lástima que así sea; estoy dispuesto a darte un castigo preciosito si llego a enterarme de que fumas sin ganar dinero para cigarros.

Me transó, pensé, tendré que conseguir chamba; linda forma tiene Humberto para pescarme. A pesar de mi disgusto, sentí algo simpático por Humberto. En forma parecida me ha hecho confesar cosas que de otra manera no saldrían de mi bocota. De regreso, este asunto, y el hecho de no tener más cigarros, me exasperó bastante. Durante un rato estuve merodeando por la casa, buscando algún cigarro. La maldita discusión con

Humberto me despertó vivos deseos de fumar. Por fin logré robar dos cigarros de una cajetilla olvidada por Violeta en la cocina.

Entonces vine a mi parte predilecta del jardín.

La gran piedra se siente fresca. Humberto, aunque siquiatra, está loquísimo. Mandó traer esta enorme roca desde Nosedónde hasta el jardín, que si bien se observa, no es grande. Me cayó de perlas: puedo venir a fumar y todavía nadie me ha descubierto. Por eso, hace un momento encendí un cigarro dejándome posesionar por esta sensación tan chistosa. Siento algo en el estómago y me empiezo a poner tristón. No



lo puedo explicar. Quedo sentado en el pasto, recargándome en la piedra, tomo manojos de hierba y los huelo. A veces deseo sollozar como idiota. Veo el muro que da a la calle y llevo el cigarro hasta mis labios. Sonrío al advertir que estoy fumando como Ricardo. No he telefonado. A la mejor los padres de Pascual llevaron el chisme a su casa y ahora sí debe tener un buen motivo para fugarse. Estaba borrachísimo. Pero estoy seguro de que vendrá a verme, puede ser que hasta haya logrado convencer a los demás. Pero si algún día debo irme no será con ellos, aunque Ricardo me siguiera como sombra durante siglos, tratando de convencerme. No lo lograré, estoy seguro. Cuando le diga algo que le sea imposible contestar, sólo dirá ah y estará desarmado. Prácticamente, está desarmado. Digo, yo también. Ni siquiera sé qué deseo estudiar. Humberto anda muy misterioso con todo ese asunto. Algo trama, seguramente. Por supuesto, desearía que yo estudiara medicina, o sicología de perdida. Quizá yo mismo lo deseo. Quizás Humberto me está sicoanalizando, pero conmigo será difícil. Claro que soy un poco anormal, o un mucho, a la mejor; pero no me interesa gran cosa. Supongo

que a Humberto sí debe importarle: digo, es su profesión y soy su hijo. Al menos, se divierte observándome (¿estudiándome?). Pero se niega a hacerlo a fondo. Le pedí que me hipnotizara y no quiso, sólo contó sus experiencias en el extranjero, en todos esos lugares tan suaves donde estudió antes de venir a montar su loquera aquí. Algún día también recorreré esos lugares y estudiaré algo interesante, pase lo que pase. Entonces sí saldré, pero nunca con Ricardo o con Pascual, con ellos no llegaría más lejos de Toluca. Estoy loco. Ya encendí otro cigarro y con el día tan claro pueden ver el humo que sale tras la piedra; entonces, vendrá Humberto furioso, porque hace apenas una hora que me dijo todo. Al diablo, sé que el asunto no pasaría de, no pasaría de que Humberto, estoy tarado, debe ser por la cruda, nunca me ha visto fumar y no tiene por qué hacerlo ahora. Ya está; otra vez. Es una especie de airecito en el estómago; ahora, escalofríos. Cierro los ojos y empiezo a sentirlos húmedos y sacudo la cabeza y aprieto el puño y muerdo mis labios y me dan ganas de gritar o de quedarme aquí tirado toda la vida.

Sobre los autores

Virginia Satir, autora estadounidense, 1916-1988, es considerada pionera en el campo de la terapia familiar, la comunicación y las relaciones interpersonales. Autora de varios libros sobre estos temas, también abordó la importancia de la autoestima como un medio para que las personas puedan desarrollar sus potencialidades como seres humanos. En 1977, fundó *Avanta*, una organización no lucrativa dedicada al estudio terapéutico y a la capacitación de profesionales en este ámbito.

Mario Benedetti, escritor uruguayo, 1920-2009. Comprometido con las ideas progresistas tanto políticas como sociales, su obra abarca ensayos sobre sucesos acontecidos en América Latina, así como diversos cuentos, novelas y poesías. Es considerado uno de los autores latinoamericanos más prolíficos del siglo veinte.

R. Marcela Pérez López, autora mexicana quien en los últimos tiempos se ha dedicado a la educación básica de personas jóvenes y adultas en el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, en donde ha publicado diversos textos educativos dirigidos a las y los jóvenes.

Mónica Lavín, escritora mexicana nacida en 1955. Su obra literaria se ubica en la narrativa de sucesos relacionados con la vida cotidiana contemporánea. Es autora de novelas para jóvenes. Ha publicado ensayos y compilaciones sobre la cultura mexicana y ha sido colaboradora en varias actividades de difusión cultural y científica.

Elena Poniatowska, escritora mexicana, nacida en Francia en 1933, de padres polacos, llegó a México en su adolescencia. Como periodista y narradora, ha realizado múltiples entrevistas, reportajes y editoriales en los principales diarios del país y del extranjero. En el ámbito de la novela, su obra es testimonio de hechos históricos significativos, así como de la vida de personajes importantes de México. Recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2002, en el campo de Lingüística y Literatura.

Graziella Altamirano, autora mexicana, nacida en 1947. Los protagonistas de sus cuentos son básicamente personajes de grupos sociales indígenas, o bien de la provincia mexicana. En el Instituto de Investigaciones “Doctor José María Luis Mora” de la Ciudad de México, y como especialista en historia de nuestro país, ha trabajado en temas relacionados con la historia regional y los grupos y actores sociales.

José Agustín, nacido en 1944 en México, es narrador, guionista de cine, periodista, traductor y dramaturgo. También ha sido conductor y productor de programas culturales de radio y televisión, así como coordinador de diversos talleres literarios. Es uno de los representantes de la llamada *literatura de la onda*.

Colofón



DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido su uso para fines distintos a los establecidos en el programa.

